

El muro como artefacto ontopolítico: brutalismo arquitectónico, exclusión y estetización de la violencia en la frontera Tijuana-San Diego (1989-2025)

The Wall as an Ontological Artefact: Architecture Brutalism, Eclusion and the Aestheticization of Violence on the Tijuana-San Diego Border (1989-2025)

Damir Galaz-Mandakovic Fernández*

Resumen

Este artículo examina el muro fronterizo entre Tijuana (México) y San Diego (Estados Unidos) como un artefacto ontopolítico que articula regímenes diferenciales de existencia. A partir de un enfoque cualitativo hermenéutico-crítico y de observación, el estudio interpreta el muro como infraestructura securitaria y una forma de arquitectura brutalista que incide en la configuración del espacio urbano, las subjetividades y los imaginarios de frontera. Mediante un marco interdisciplinario que integra antropología urbana, teoría política y arquitectura crítica, se analizan dimensiones materiales, espaciales, biopolíticas y simbólicas del dispositivo fronterizo. El análisis sostiene que el muro opera como tecnología de poder, archivo de violencia migratoria y soporte de disputas simbólicas que organizan jerarquías de vida, memoria y movilidad en el neoliberalismo contemporáneo.

Abstract

This article examines the border wall between Tijuana (Mexico) and San Diego (United States) as an ontopolitical artifact that articulates differential regimes of existence. Using a qualitative, hermeneutic-critical, and observational approach, the study interprets the wall as security infrastructure and a form of brutalist architecture that influences the configuration of urban space, subjectivities, and border imaginaries. Through an interdisciplinary framework integrating urban anthropology, political theory, and critical architecture, the material, spatial, biopolitical, and symbolic dimensions of the border device are analyzed. The analysis argues that the wall operates as a technology of power, an archive of migrant violence, and a platform for symbolic disputes that organize hierarchies of life, memory, and mobility within contemporary neoliberalism.

* Investigador asociado al Centro de Estudios históricos de la Universidad Bernardo O'Higgins, damirgalaz@gmail.com, ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0312-6672>

Palabras clave: frontera, arquitectura brutalista, ontología, otredad, subjetividad, muro fronterizo.

Key words: border, brutalist architecture, ontology, otherness, subjectivity, border wall

Recibido: 06 de marzo de 2026

Aceptado: 27 de julio de 2026

1. Introducción

En el contexto contemporáneo de proliferación global de muros fronterizos que refuerzan divisiones y conflictos geopolíticos y migratorios entre distintos países¹ -en una escena de desanclajes simbólicos que se intensifican en la era neoliberal (Brown, 2010; Alemán, 2021)-, este artículo presenta un estudio de caso sobre la frontera entre Tijuana (México) y San Diego (Estados Unidos), espacio donde se construyó un muro destinado a impedir la migración hacia Estados Unidos.

En este contexto, el concepto de frontera no se limita a una mera delimitación geopolítica, sino que también constituye un espacio de producción de significados, subjetividades y formas de conocimiento (Anzaldúa, 1987; Mezzadra y Neilson, 2013). En este marco, los artefactos fronterizos pueden entenderse como dispositivos que articulan procesos de violencia, control territorial y constitución de alteridades. Desde esta perspectiva, el presente análisis busca comprender la relación entre actores, prácticas y fronteras mediante un enfoque hermenéutico y crítico. En particular, se examina el muro fronterizo a partir de múltiples dimensiones analíticas, lo que permite interpretarlo como un artefacto polisémico.

La hipótesis de este análisis plantea que el muro fronterizo entre Tijuana y San Diego no constituye únicamente un dispositivo físico de control territorial, sino que opera como un artefacto ontopolítico que articula materialidades, discursos y prácticas espaciales en la producción de regímenes diferenciales de existencia. Desde esta perspectiva, el muro puede interpretarse también como una forma de arquitectura brutalista que, desde su monumentalidad, incide en la configuración de subjetividades, en la reorganización del espacio urbano y en la configuración simbólica de la exclusión. En su carácter polisémico, el muro articula múltiples funciones que incluyen su condición de dispositivo asociado a dinámicas necropolíticas, eje de zonificación territorial, objeto de patrimonialización y generador de regímenes afectivos vinculados a la exclusión. En conjunto, estas dimensiones materiales y simbólicas permiten comprender el muro como una tecnología de poder que

¹ En pleno siglo XXI, se constata la presencia de numerosos muros que separan países a través de diversas materialidades, entre ellos están el muro entre India y Pakistán, el muro entre Israel y Cisjordania, el muro entre Marruecos y el Sáhara Occidental, el muro entre Corea del Norte y Corea del Sur, el muro de Belfast (Irlanda del Norte - Reino Unido), el murallón entre Arabia Saudita e Irak, el muro entre Turkmenistán y Uzbekistán, el muro entre Grecia y Turquía y el muro entre India y Bangladesh.

participa en la producción ontopolítica del espacio fronterizo y en la regulación diferencial de la vida y la muerte.

Este artículo se sustenta en un enfoque cualitativo de carácter hermenéutico-crítico, adoptando una perspectiva interdisciplinaria que combina herramientas de la antropología urbana, la historia cultural, la arquitectura crítica y la teoría política contemporánea, con el objetivo de desentrañar los sentidos múltiples y conflictivos que produce la frontera como dispositivo de poder.

El trabajo empírico se apoyó en observación directa no participante, realizada durante el mes de noviembre de 2024, en distintos puntos estratégicos del litoral y del borde urbano fronterizo de Tijuana, particularmente en Playas de Tijuana, la Plaza de la Amistad y tramos urbanos de la Avenida Internacional. Estas visitas incluyeron recorridos sistemáticos, permanencias prolongadas en los sitios y desplazamientos reiterados a lo largo del muro, lo que permitió registrar variaciones espaciales, usos diferenciados del borde fronterizo y prácticas cotidianas asociadas a la presencia de la valla.

La observación se centró específicamente en expresiones simbólicas y espaciales, entendidas como intervenciones gráficas (grafitis, murales, inscripciones), ofrendas y marcas conmemorativas vinculadas a muertes migrantes, prácticas informales de comercio y turismo, así como la disposición material del muro en relación con el entorno urbano, costero y humano.

Lejos de concebir el terreno como un espacio de verificación de hipótesis previamente cerradas, el trabajo de campo operó como un dispositivo de problematización, permitiendo matizar, tensionar y complejizar las categorías analíticas utilizadas. En este sentido, la observación empírica no se orientó a la producción de generalizaciones, sino a la identificación de escenas, gestos y materialidades que revelan cómo el muro es vivido, resignificado y apropiado en la experiencia cotidiana de la frontera.

Desde una perspectiva reflexiva, se reconoce que la investigación se realizó desde una posicionalidad situada y externa al territorio fronterizo. La presencia del investigador fue temporal, limitada y mediada por su condición de observador académico, lo que implica restricciones en el acceso a ciertas experiencias, memorias y narrativas locales. Esta distancia no es negada, sino asumida como parte constitutiva del proceso de conocimiento, entendiendo que toda lectura de la frontera está atravesada por relaciones de poder, asimetrías epistémicas y límites interpretativos. En consecuencia, el análisis no pretende hablar en nombre de los sujetos fronterizos, sino interpretar críticamente las materialidades, discursos y dispositivos que configuran el espacio del muro como condición ontopolítica.

En conjunto, esta estrategia metodológica busca articular observación empírica, análisis crítico y reflexividad, permitiendo comprender el muro fronterizo no solo como objeto arquitectónico o infraestructura securitaria, sino como un campo de relaciones donde se inscriben prácticas de exclusión, memoria, resistencia y estetización de la violencia.

De ese modo, se ofrece una mirada que amplía la comprensión de un fenómeno que inscribe las dinámicas transfronterizas en un territorio cruzado por las asimetrías, lo que deviene en la construcción de subjetividades y formas de conocimiento situadas en este espacio liminal. En este caso, la ontología no puede ser contemplada más que de la mano de la política: de los discursos ontológicos se desglosan distintas formas de subjetivación y de sociabilidad (Álvarez, 2021).

Así, en este artículo recurrimos a la categoría de ontopolítica, la que puede ser definida como el conjunto de prácticas, discursos, dispositivos materiales y tecnologías de poder mediante las cuales se producen, jerarquizan y administran las formas de existencia, determinando qué vidas son reconocidas como legítimas, cuáles son precarizadas y cuáles resultan desechables dentro de un orden político específico. No se trata únicamente de una política que actúa sobre sujetos previamente dados, sino de una política que interviene en el plano ontológico, es decir, en las condiciones mismas de lo que puede ser, habitar, circular, recordar y morir.

Desde esta perspectiva, entendemos que la ontopolítica articula de manera inseparable ontología y política, mostrando que toda definición de lo humano, del territorio, de la movilidad o de la memoria está siempre atravesada por relaciones de poder. Así, los dispositivos políticos —como el muro fronterizo— no solo regulan comportamientos, sino que producen regímenes de existencia diferencial, instaurando asimetrías ontológicas entre sujetos plenos y sujetos negados.

En el marco del neoliberalismo contemporáneo, la ontopolítica opera mediante una racionalidad securitaria, estética y afectiva que convierte la exclusión en principio organizador de la vida social. A través de arquitecturas brutalistas, tecnologías de frontera, dispositivos necropolíticos y economías del miedo, se configura un orden en el cual la administración de la vida y de la muerte se naturaliza, se estetiza y se integra a la experiencia cotidiana. La frontera, en este sentido, deja de ser un simple límite geográfico para devenir una condición ontopolítica, un umbral donde se decide quién puede existir con dignidad y quién queda expuesto a la precariedad, el despojo o la muerte.

En suma, la ontopolítica designa un campo de fuerzas donde se definen las formas posibles de existencia, revelando que la política no solo gobierna territorios o poblaciones, sino que produce ontologías, es decir, modos específicos y desiguales de ser en el mundo.

Con el fin de trasladar el concepto de ontopolítica desde el plano teórico hacia el análisis empírico, esta investigación propone su operacionalización a partir de un conjunto de dimensiones observables que permiten identificar cómo se materializa en el espacio fronterizo. De este modo, la ontopolítica se analiza mediante dimensiones interrelacionadas: (1) la dimensión material, referida a las infraestructuras y arquitecturas de control que producen espacialmente la frontera; (2) la dimensión espacial, vinculada a la reorganización del territorio urbano y a la zonificación derivada del dispositivo fronterizo; (3) la dimensión subjetiva, relativa a la producción de imaginarios, afectos y discursos de otredad que legitiman la exclusión; (4) la dimensión biopolítica y necropolítica, que permite observar los regímenes diferenciales de movilidad, precarización y muerte asociados a las políticas de securitización; y (5) la dimensión simbólica-estética, visible en las prácticas de memorialización, intervención artística y turistificación del muro. A través de estas dimensiones analíticas, la ontopolítica se comprende no solo como un marco conceptual, sino como un campo de prácticas concretas mediante las cuales se producen jerarquías de existencia, configurando quién puede habitar, circular, recordar o morir en el espacio fronterizo contemporáneo.

2. Origen del muro fronterizo

La frontera entre Estados Unidos y México, particularmente en su tramo suroeste, experimentó una metamorfosis sustancial en la gestión y vigilancia de sus límites simultánea a la demolición del Muro de Berlín en 1989. Este cambio marcó un giro en la percepción de las amenazas a la seguridad nacional en los Estados Unidos, pasando del temor al comunismo a una creciente preocupación por la migración proveniente desde México y de otros países de América Latina (Andreas, 2000; Nevins, 2010).

A finales de 1989, grupos de civiles conformados por jubilados y veteranos de guerra estadounidenses, iracundos ante lo que percibían como un “caos migratorio” en los límites de San Diego, promovieron la operación designada como “Luces Altas” o “Ilumina la Frontera” (Light up the border). Este movimiento era antiinmigratorio y, por sobre todo, era antimexicano. Una estrategia de protesta fue usar vehículos: “Más de 100 automóviles se alinearon anoche en la carretera Britannia [...] con sus faros encendidos” (*La Opinión*, 24 de agosto de 1990). Un movimiento, fundado por la estadounidense Muriel Watson, que fue creciendo con los meses: “En una manifestación recientemente, cerca de 700 personas se congregaron en sus vehículos a lo largo de un camino de tierra que corre paralelamente a la frontera” (*La Opinión*, 26 de noviembre de 1990).

Aquel movimiento xenófobo incluyó la realización de protestas mensuales junto a acciones de vigilancia no oficiales en la frontera. La iniciativa de estos grupos, conocidos como vigilantes fronterizos civiles, se enmarcaba en una narrativa nacionalista de protesta para centrar su

preocupación en un “nuevo enemigo”: los migrantes mexicanos, a quienes consideraban una amenaza para la soberanía y el orden social estadounidense (Dunn, 1996).

En esas circunstancias, surgieron varios acontecimientos que tensionaron las relaciones sociales. Por ejemplo, en mayo de 1990 se informaba sobre la muerte de un niño mexicano de 12 años de edad, quien fue baleado desde una unidad habitacional donde se realizaban las manifestaciones antiinmigrantes. El diario *La Opinión*, de Los Ángeles, California, comentó: “Se está generando un odio étnico en la zona fronteriza que ha sido atizado por el movimiento *Ilumina la Frontera*” (*La Opinión*, 28 de mayo de 1990).

Hacia 1991, ya se constataba la presencia de una valla fronteriza. Pero fue en 1994, durante la administración del presidente estadounidense Bill Clinton, cuando surgió una ampliación y consolidación material de la valla fronteriza entre ambos países. Esta medida formó parte de la llamada Operación Guardián (Operation Gatekeeper), cuyo objetivo era reforzar la seguridad y reducir la migración indocumentada en áreas urbanas de alta incidencia (Nevins, 2010; Massey, 2016).

El muro fronterizo tuvo sus inicios con la reutilización de materiales militares, incluyendo el acero de helicópteros utilizados durante la Guerra de Vietnam. Con el paso del tiempo, esta barrera ha sido reforzada y modificada, alcanzando en la actualidad alturas que van entre los cinco metros hasta nueve metros en algunos tramos, siendo equipada con protecciones adicionales para dificultar su escalamiento. Este proceso de fortificación responde a un enfoque de securitización de la frontera y busca reforzar la percepción de control territorial.

En síntesis, la muralla fronteriza entre Tijuana y San Diego se extiende aproximadamente 24 kilómetros a lo largo de la frontera entre ambas ciudades. Este tramo es parte de una barrera más extensa que abarca alrededor de 900 kilómetros en diversas zonas de la frontera entre ambos países.

3. Topografías y campo de relaciones

Como hemos adelantado, los muros fronterizos no solo operan como artefactos de control geopolítico y securitario, sino que también configuran un campo topográfico que organiza y reordena relaciones espaciales, políticas y antropológicas. Su existencia transforma dinámicas territoriales, impactando de manera directa en las prácticas cotidianas, las trayectorias de movilidad y las subjetividades de quienes interactúan con ellos. Así, el muro no debe entenderse únicamente como una barrera física, sino como un dispositivo que produce nuevas espacialidades y experiencias de frontera.

A continuación, se presentan algunos lineamientos hermenéuticos orientados a comprender este fenómeno heteróclito, tal como se manifiesta en el contexto específico de la frontera

entre Tijuana y San Diego, uno de los escenarios más emblemáticos de las políticas contemporáneas de contención y securitización a nivel global.

3.1. Arquitectura brutalista

Podemos plantear que la instalación de la valla, una barda de acero, implicó una intervención utilitaria, simple, racional y minimalista, una materialidad desnuda o diáfana en su fabricación, con masa armónica en su corpulencia y monocromática en su extensión. Es decir, un rasgo primario de lo que en arquitectura es citado como estilo brutalista (Fuss, 2018; Galaz-Mandakovic, 2024).

El brutalismo es un movimiento arquitectónico descendiente del movimiento moderno (en boga desde la década de 1940). En este caso, es aplicado a través de una coherente intervención en el litoral. De ese modo, el brutalismo es con frecuencia visto como “audaz, descarado y confrontativo” (Fuss, 2018: 18), pero que retrata la honestidad constructiva y al servicio de su anhelo de ser funcional (Hopkins, 2014), tal como se representa en el muro en Tijuana.

En aquel escenario, la frontera se compuso como un nuevo campo con orden visual, procediendo como organización expresiva de un panorama brutalista en el marco de una brusquedad compositiva y monumentalizada.

Así, en su sinceridad funcional, el muro revela una osadía ingenieril notable: no se limita al territorio terrestre, sino que se prolonga hacia el mar, generando una escena tan insólita como inquietante. Se interna casi 100 metros en el océano Pacífico, enfrentando la violencia de las olas y hundiéndose en un lecho marino caracterizado por su dinamismo ecológico. La estructura se impone como un gesto material de confrontación con el entorno natural, encarnando la tensión persistente entre infraestructura y medioambiente. Una estética del óxido organiza aquí un brutalismo político.

La valla es la expresión del imperio de la viga de acero, el imperio de la soldadura, o los nuevos soldados que serían los soldadores, dos palabras parecidas fonéticamente en español. El soldador es el factor de soldar y consolidar un límite. Después del soldador, vino el turno del soldado que resguarda la zona.

Paradójicamente, la elevación del muro ha generado un efecto inverso: la proliferación de túneles en Tijuana, lo que resalta el papel de los pisos ecológicos en la producción de la frontera. Es decir, por una parte, la política levanta un muro; por otra, la agencia social

responde penetrando en la tierra². Por consiguiente, la frontera no solo es una estructura estática, sino un espacio dinámico donde la arquitectura, la geopolítica y el medio ambiente interactúan en una dialéctica constante.

3.2. El muro como eje estructurante del urbanismo en Tijuana

La valla fronteriza entre México y Estados Unidos no solo ha generado una barrera o un parapeto tangible, sino que además ha redefinido las jerarquías espaciales y la organización urbana de Tijuana. En esa dirección, el muro ha dejado de ser simplemente una materialidad divisoria para convertirse en un eje estructurante del territorio, reorganizando tanto las imágenes, la movilidad interna, como así también la dinámica social y económica de la región.

En términos urbanísticos, la presencia de la muralla ha propiciado una deconstrucción de la categoría consuetudinaria de periferia. Lejos de apuntalar un margen desarticulado, el muro ha adquirido una centralidad inesperada, transformándose en un elemento ordenador de la infraestructura vial y de la configuración de los espacios urbanos. El muro es un ordenador en cuanto a cómo se referencia, nombra y valoriza la sectorización del territorio en relación a la distancia que existe entre los barrios y la valla.

El primer tramo de esta barrera discurre desde la playa, en paralelo a la Avenida Internacional de Tijuana. Sin embargo, su influencia no se limitó a una demarcación geopolítica: en el presente, las principales avenidas y redes de movilidad se han alineado con esta estructura, transformándola en un eje de carreteras y en un nodo estratégico para la seguridad nacional.

Hacia finales del año 2024, al borde del muro se concluía la construcción de una vía de conexión entre Playas de Tijuana y el Aeropuerto Internacional de la misma ciudad. Dicha construcción en colindancia con la valla fue proyectada con una longitud total de 10.5 km, contando con un viaducto elevado en 6.6 km, agregándose 2 puentes (0.8 km), 2 túneles (1.4 km), 2 túneles falsos (1.5 km) y un tramo a nivel de terreno natural de 200 metros. Como lo sugiere Pablo Vila, las fronteras contemporáneas no solo delimitan, sino que también configuran flujos internos, tanto de personas como de mercancías y fuerzas de seguridad. Pero vemos también que configura el propio orden interno en la ciudad mexicana (Vila, 2000).

No obstante, la construcción de la valla fronteriza ha generado una paradoja urbanística: lejos de reforzar un único límite, ha incentivado la proliferación de otras barreras en el tejido urbano. El muro estimuló otros muros. En un contexto de percepción creciente de inseguridad, han surgido centenares de muros barriales y residenciales de Tijuana, lo que

² [BBC News Mundo](#), "Narcotúnel en Tijuana: así es el pasadizo subterráneo más largo jamás descubierto bajo la frontera entre México y Estados Unidos", [BBC News Mundo](#), 30 de enero de 2020.

activa dinámicas de segregación y la consolidación de fraccionamientos cerrados. Este fenómeno, poco visibilizado en el discurso mediático, ha contribuido a la fragmentación espacial y social de la ciudad. Así, Tijuana se ha convertido en una urbe insular, una especie de archipiélago interno donde las promesas del cosmopolitismo se ven constantemente desafiadas por las lógicas de exclusión y diferenciación socioeconómica (Enríquez, 2007).

Finalmente, la expansión del muro fronterizo ha estado estrechamente vinculada con los procesos de especulación inmobiliaria y con la instrumentalización del miedo como dispositivo de control urbano. En este marco, el muro no solo estructura el territorio, sino que también ordena subjetividades y formas de habitar la urbe (Méndez, 2002).

3.3. Discurso de otredad: etnicismos

La valla expresa en términos semióticos la utopía o el deseo de los Estados Unidos de constituirse como un territorio insular, un espacio impenetrable a la otredad. Esta construcción material y simbólica responde a una lógica de separación que, lejos de ser meramente física, se inscribe en una matriz discursiva de exclusión y diferenciación.

La frontera, como dispositivo de significación, da lugar a la producción de un etnicismo que, en muchos casos, se apoya en mitologías biológicas que refuerzan la idea de una identidad nacional homogénea. Este esencialismo identitario, que subyace en la narrativa de lo que supuestamente constituye los Estados Unidos, se enraíza en una melancolía colectiva que opera dentro de un delirio moral. Freud (1917) define la melancolía como un proceso psíquico caracterizado por la introyección de un objeto extraviado, lo que en este contexto puede interpretarse como la añoranza de un pasado imaginario de pureza nacional, en el cual la otredad aún no había irrumpido como una amenaza (Freud, 1917).

Desde una perspectiva psicoanalítica, el delirio puede comprenderse como una tentativa subjetiva de recomposición del orden simbólico tras una catástrofe psíquica o una ruptura de la estabilidad identitaria (Freud, 1924). En este sentido, la crisis de identidad colectiva y el temor a la disolución de los límites nacionales no solo expresan una amenaza externa, sino que revelan una política del duelo no resuelto, en la que el “otro” —ya sea migrante, extranjero o disidente— es investido como síntoma de la vulnerabilidad y fragilidad estructural del yo nacional. Este mecanismo proyectivo convierte al otro en portador de aquello que el sujeto colectivo no puede asumir: la fractura interna, la pérdida y la incertidumbre constitutiva de la nación misma.

En ese contexto, el etnicismo y la producción de otredad se sustentan en un postulado de “indignidad”, que se manifiesta en la posición subjetiva de la melancolía, incluyendo sentimientos de autodesprecio y culpa por lo que ha ocurrido o sigue ocurriendo. Kristeva (1989) señala que la melancolía está vinculada con una dimensión de vergüenza y rechazo

hacia el propio ser, proyectando la falta interna sobre el otro, a quien se le responsabiliza de la crisis estructural (Kristeva, 1989).

Como consecuencia de esta estructura psíquica y social, surge una pulsión securitaria que se traduce en el dominio del cierre, una pulsión claustral que alimenta una clínica del goce del confinamiento (Recalcati, 2022).

Dicho de otro modo, el cierre y la imposición de límites físicos y simbólicos producen satisfacción, generando la ilusión de estabilidad y control. Este fenómeno responde a lo que Foucault (1975) denominó como sociedades de seguridad, donde el confinamiento se convierte en una forma de administración de los cuerpos y las subjetividades. Es decir, a ojos de quien cierra la frontera, "el cierre nos hace felices".

3.4. Producción de subjetividad: el odio como nueva cohesión

En ese cierre identitario que, a la vez, se materializa en el espacio arquitectónico, el brutalismo adquiere una función que trasciende lo meramente estético para operar como un mecanismo de cohesión social basado en la exclusión. En el marco del neoliberalismo, se observa cómo la jerarquización del valor de las mercancías y de la humanidad se estructura en una relación asimétrica: mientras el sistema económico facilita el acceso a las mercancías provenientes desde México, se restringe el acceso a las personas desde México.

Como señala Wendy Brown (2010), las murallas refuerzan imaginarios de segregación y desigualdad, produciendo una frontera simbólica que justifica la exclusión ante el declive de la soberanía en el estado-nación debido a los imperativos económicos y de seguridad en disputa. En ese contexto, la arquitectura del límite consolida un imaginario securitario que transforma la pulsión gregaria en un dispositivo de rechazo.

A partir de esta lógica, se pueden identificar al menos siete procesos clave que configuran la subjetividad contemporánea en torno a la frontera en el norte de México y sur de los Estados Unidos. (Tabla 1).

Tabla 1: Manifestaciones teóricas y psicopolíticas de la pulsión securitaria que estimula el muro en Tijuana en el marco del neoliberalismo contemporáneo

Manifestación	Descripción
La exclusión como sinónimo de bienestar	El rechazo a los "otros" se ha convertido en un indicador de estatus y de seguridad. Como sugiere Achille Mbembe, las sociedades contemporáneas experimentan una política donde ciertos cuerpos son considerados prescindibles en nombre de la estabilidad social (Mbembe, 2017).
La defensa como manifestación de la pulsión securitaria	La necesidad de protección se erige como un principio rector de las sociedades neoliberales, transformando la pulsión gregaria en un mecanismo de control que oscila entre la perversión y la animadversión (Žižek, 2008).

Radicalización de la pulsión de autoconservación	La vocación inmunitaria de la pulsión se manifiesta en la intensificación de estrategias de autopreservación (Esposito, 2011), generando un repliegue identitario que prioriza la seguridad del “nosotros” a costa del “ellos”.
El muro como objeto colectivo de la pulsión	Más allá de su dimensión física, el muro se convierte en un margen simbólico que configura la subjetividad colectiva. En esta lógica, la defensa de la propia existencia se traduce en la agresión a otras vidas.
El principio de nirvana (Recalcati, 2022) y la narcotización del placer	El cierre identitario produce un goce paradójico, una suerte de anestesia del deseo que legitima la clausura del otro como un acto placentero y necesario (Lacan, 1974). Este proceso implica una disposición simbólica que reconfigura la relación entre deseo, seguridad y exclusión. En aquellas circunstancias, los sujetos se saturan del placer sentido por el cierre identitario, hasta volverse indiferentes e insensibles, lo que puede llevar a un estado similar al principio de nirvana, pero de manera patológica, como adicción o desapego de la realidad.
La ideología y el fantasma de la frontera	La frontera no es solo una estructura material, sino una inscripción ideológica que regula las relaciones sociales de producción. Mientras la ideología de la frontera sostiene la explotación y la opresión, el fantasma de la frontera le otorga una dimensión afectiva, convirtiéndola en un objeto de miedo y deseo a la vez. El fantasma le presta a la ideología una superficie de inscripción (Alemán, 2021).
El odio como principio de legitimación del neoliberalismo:	En un contexto donde las instituciones pierden legitimidad, el neoliberalismo se apoya en la movilización del odio como un mecanismo estructurante de la identidad social. Más que un efecto colateral, el odio deviene constitutivo del orden neoliberal, funcionando como un eje articulador de su reproducción.

Fuente: Elaboración propia.

En síntesis, los elementos expuestos en la Tabla 1 permiten comprender cómo el neoliberalismo opera no solo como un régimen económico, sino como una gramática afectiva y pulsional que reorganiza la subjetividad contemporánea. La exclusión, el odio, la defensa y el muro no son meras consecuencias del modelo, sino dispositivos que articulan un orden social basado en la fragmentación, la desensibilización y la estetización de la violencia. El neoliberalismo se legitima no a pesar del sufrimiento del otro, sino mediante su producción y administración, activando formas de goce ligadas a la clausura identitaria y a la securitización de la vida. En este contexto, la frontera material y fantasmática se erige como símbolo y síntoma de una sociedad donde el deseo es capturado por el miedo, y donde el principio de autoconservación se convierte en el fundamento político de una comunidad excluyente. Así, el análisis de estas manifestaciones permite develar las lógicas profundas de un sistema que coloniza lo íntimo, configura la emoción como economía política y hace surgir la producción del odio como una matriz de pertenencia.

3.5. Archivo y necroartefacto

Como era de esperar, el muro fronterizo desvió los flujos migratorios y activó una hemorragia masiva de vidas humanas. Así, las políticas de disuasión migratoria han conducido a un

desplazamiento de rutas, exponiendo a los migrantes a condiciones extremas en el desierto, también en los ríos caudalosos y la exposición a redes criminales (De León, 2015). De este modo, la frontera devino en un espacio de articulación de muertes, un dispositivo necropolítico donde el Estado regula qué vidas son dignas de ser vividas y cuáles pueden ser desechadas.

Sin embargo, el muro no solo opera como un dispositivo de control físico, sino también como un archivo material de fracasos, pérdidas y tragedias humanas. En su función de barrera, acumula memorias discontinuas de quienes no lograron atravesarlo, convirtiéndose en una especie de animita colectiva, un espacio ritualizado de duelo donde la ausencia se torna visible mediante cráneos, botellas, fotografías, cruces y flores dejadas por familiares, activistas o transeúntes. Este fenómeno transforma al muro en un cenotafio contemporáneo: un monumento funerario sin cuerpo, donde los muertos son evocados a través de objetos, grafías y gestos conmemorativos. Así, el muro deviene en un umbral necropolítico que entrelaza fronterización, memoria doliente y prácticas espontáneas de sacralización del espacio.

Por otra parte, los cuerpos en la frontera encarnan la muerte como una condición inherente al tránsito migratorio. Lejos de ser un accidente aislado, la muerte se convierte en un componente estructural de la experiencia fronteriza, reflejando los efectos letales de políticas de securitización que desvían las rutas migratorias hacia zonas cada vez más hostiles. La mayoría de las muertes en la frontera se deben a cuatro causas preponderantes: 1) Insolación e hipertermia en el desierto (Rubio-Goldsmith, 2007); 2) Ahogamientos en ríos y canales de riego (Cornelius, 2001); 3) Caídas y accidentes de tráfico en el intento de evasión, y 4) Hipotermia durante travesías nocturnas en climas extremos (De León, 2015).

Estos factores reflejan la sistemática exposición de los migrantes a la muerte, convirtiendo la frontera en un espacio de selección biopolítica (Foucault, 1976), donde la supervivencia es un sorteo determinado por condiciones geográficas y la violencia estructural de la política migratoria.

En efecto, como necroartefacto no solo testimonia el estímulo de la ausencia corporal, sino que opera como marcador ontológico de vidas truncadas o cuerpos negados, activando regímenes de significación política, afectiva y ética en torno a la muerte. Estos hechos de muerte en la frontera permiten explorar las formas en que las sociedades negocian el dolor y resignifican el devenir irreparable.

3.6. Turistificación y patrimonialización: la polémica de la muerte

En 1971, la Plaza de la Amistad fue inaugurada como símbolo de la diplomacia entre México y Estados Unidos, con la presencia de Pat Nixon (Taylor, 2003). No obstante, con la instalación del muro, este espacio quedó dividido y la costa de Tijuana adquirió una dimensión estética no intencionada, basada en la poética de la muerte y la memoria del exilio forzado.

Como hemos señalado, el muro devino en una inmensa animita fronteriza, generando un espacio aurático (Benjamin, 1936), que oscila entre el duelo y la resistencia, pero también la evidencia del pesimismo. Igualmente, se ha transformado en un lienzo de intervención artística, donde los grafitis, murales, cuadros y pequeñas instalaciones funcionan en el marco de una curaduría espontánea de identidad, memoria y protesta acusatoria. La producción gráfica sobre la valla se inscribe en la tradición del arte público como catarsis, convirtiéndola en una galería de memorias fracturadas y siniestradas.

Este fenómeno genera una ambigua escena de turistificación y patrimonialización (Galaz-Mandakovic, 2019; Galaz-Mandakovic y Rivera, 2023) en la que el muro se convierte en un artefacto de identidad, distinción y exotismo de la violencia, especialmente al ver cómo el muro penetra en el mar. La frontera es, a la vez, un dispositivo de exclusión y un destino fotográfico para flujos masivos de turistas que buscan capturar la estética de la otredad (Sontag, 1977). La inscripción volumétrica de la palabra Tijuana al borde del muro no solo señala un lugar como estación fotográfica, sino que funciona como una marca simbólica de la hibridez fronteriza y la estetización del conflicto.

La turistificación del muro en Tijuana representa una paradoja contemporánea en la que un dispositivo de exclusión y violencia fronteriza se transforma en objeto de consumo visual, memoria estética y espectáculo global. Convertido en una atracción para visitantes nacionales y extranjeros, el muro deviene en un escenario performativo donde se superponen intervenciones artísticas, fotografías, rituales conmemorativos y merchandising, desplazando parcialmente su función disuasiva hacia una lógica neoliberal del espectáculo.

La zona fronteriza se ha consolidado como un espacio clave para el desarrollo del denominado border art, caracterizado por la emergencia de prácticas artísticas que problematizan cuestiones como la migración, la identidad y el control territorial. En este contexto, Tijuana ha sido escenario del surgimiento de diversos colectivos, artistas y espacios culturales que recurren a formatos como la performance, las instalaciones, el video y el arte público para cuestionar las políticas fronterizas y visibilizar las experiencias de quienes habitan o atraviesan la frontera. Asimismo, numerosas intervenciones artísticas se emplazan

directamente en el propio muro, que adquiere así la condición de soporte simbólico y espacio de resignificación (Amilhat, 2012).

Esta estetización de la frontera, sin embargo, no neutraliza su carácter letal, sino que lo encapsula en una narrativa ambigua que combina denuncia y banalización, compasión y distanciamiento, permitiendo que el dolor y la muerte migrante sean absorbidos por una economía simbólica que mercantiliza el sufrimiento ajeno.

El muro es, simultáneamente, un archivo, un necroartefacto y un espacio de representación. Su existencia documenta la historia de las muertes en la frontera. Son cientos los nombres que están escritos en las barras de la barda. Al mismo tiempo, el muro es un lienzo de arte urbano, una plataforma de protesta y un objeto de consumo visual. La frontera es un umbral donde la política, la memoria y la estética convergen, generando un territorio de significaciones múltiples que sigue transformándose con cada nuevo trazo, cada nueva ofrenda y cada nuevo intento de cruzar.

3.7. Producción de la subsidiaridad en los nómadas del trabajo

La valla opera como un dispositivo de filtración diseñado para garantizar y reproducir los procesos de intercambio desigual. Su materialidad no solo delimita un territorio, sino que también funge como un mecanismo de regulación diferencial, administrando la desigualdad y gestionando el conflicto de manera estructural. En este contexto, se configuran regímenes de movilidad diferencial que determinan quién puede cruzar, quién es excluido y bajo qué condiciones se permite la circulación de cuerpos, mercancías y significados culturales.

Desde estas colisiones conflictivas, los trabajadores no solo son criminalizados, sino que son constituidos jurídicamente como “ilegales”; las mercancías se reinscriben en la economía informal bajo la categoría de contrabando y la cultura es reducida a expresiones de folclorización. Asimismo, los espacios transfronterizos se transforman en lo que Balibar denominó “zonas subordinadas de sacrificio” (Balibar, 2005) territorios periféricos imprescindibles para la acumulación capitalista a diversas escalas. En estas zonas, la soberanía no opera como un ejercicio de protección, sino como un dispositivo de exclusión y violencia diferida.

En este nuevo régimen de movilidad y trabajo, la figura tradicional del trabajador asalariado se disuelve, dando paso a la expansión de los nómadas del trabajo, sujetos que deambulan en búsqueda de explotación. Como señala Mbembe, si en el pasado el drama del sujeto era ser explotado por el capital, en la actualidad la tragedia de las multitudes radica en la

imposibilidad de ser explotadas, lo que las impulsa a perseguir activamente su propia precarización (Mbembe, 2017).

En este contexto, el sujeto contemporáneo se convierte en un “hombre-cosa”, un “hombre-máquina” o un “hombre-flujo”, cuya existencia está moldeada por la auto-instrumentalización y la instrumentalización de sus semejantes (Mbembe, 2017), orientada a maximizar su participación en el mercado dentro de un marco de desigualdad estructural.

En esta lógica, emergen grupos poblacionales cuya biopolítica se inscribe en un régimen de sacrificio, donde el cuerpo, la energía y la biología son instrumentalizados como subsidios de la expansión capitalista. Esta dinámica implica una forma de explotación diferencial que se materializa en la extracción forzada de valor, generando un plusvalor a través de la sobreexplotación de ciertas poblaciones racializadas, precarizadas y situadas en los márgenes del sistema económico global. Desde ahí emergen identidades que asumen la precarización; la propia presidenta de México lo mencionó en febrero de 2025: “Los mexicanos somos los mejores trabajadores del mundo” (*El País*, 8 de febrero de 2025).

3.8. El muro como axial de la zonificación

Finalmente, la intensificación de las prácticas de zonificación evidencia la intersección entre lo económico y lo biopolítico, lo que conduce a la jerarquización de la vida y la muerte en función de criterios de exclusión y gestión poblacional.

Concretamente, esta intersección se materializa en la militarización de fronteras, la fragmentación del espacio geopolítico y la proliferación de territorios con distintos grados de autonomía dentro de los Estados-nación. Estos espacios operan bajo regímenes de legalidad híbrida, donde múltiples autoridades fragmentadas —ya sean actores estatales, fuerzas armadas privadas o redes transnacionales— imponen su dominio mediante mecanismos de control y represión. En algunos casos, dicha gestión territorial se justifica bajo la tutela humanitaria de organismos internacionales, aunque esta intervención no necesariamente disminuye las estructuras de exclusión y vigilancia (Ticktin, 2011).

A pesar de este panorama, también emergen iniciativas comunitarias de profundo valor ético y humanitario, como ocurre en Tijuana con el proyecto *Comida Calientita*. Esta iniciativa, impulsada por Esther Morales —dueña de un pequeño restaurante local— consiste en recolectar fondos y preparar alimentos destinados a cientos de personas deportadas que pernoctan en albergues temporales. En la entrada del local, un cartel proclama: “Mi cocina rompe los muros de la desigualdad”, condensando una praxis de resistencia cotidiana frente a las violencias estructurales que atraviesan la vida en la frontera.

Este fenómeno mural puede conceptualizarse como un complejo transfronterizo asimétrico, en el cual se instaura un estado de excepción permanente, entendido como la formalización jurídica de aquello que, en principio, no debería tener forma jurídica (Agamben, 2004).

En este contexto, el estado de excepción no solo redefine la soberanía, sino que también reconfigura las relaciones de poder en torno a la movilidad, el acceso a derechos y la violencia legitimada.

4. Conclusión

Desde una perspectiva antropológica, el muro fronterizo entre Tijuana y San Diego se revela como un artefacto ontopolítico que materializa la lógica de las diferencias radicales, instituyendo una frontera no solo espacial, sino existencial. Su brutalismo estructural no es meramente un estilo arquitectónico: es la expresión concreta de una voluntad de separación inscrita en cuerpos, afectos, geografías y memorias. Como tal, el muro no se limita a dividir territorios nacionales, sino que constituye un dispositivo que reconfigura las condiciones mismas de lo humano.

A través de su densidad simbólica y material, el muro actúa como productor de subjetividades fronterizas, es decir, de vidas marcadas por la ambigüedad del tránsito, la criminalización del movimiento y la estetización de la exclusión. En este sentido, la antropología de la frontera no puede contentarse con describir prácticas o representaciones, sino que debe interrogar los regímenes ontológicos que configuran lo que es posible ser, sentir y desear en contextos de clausura.

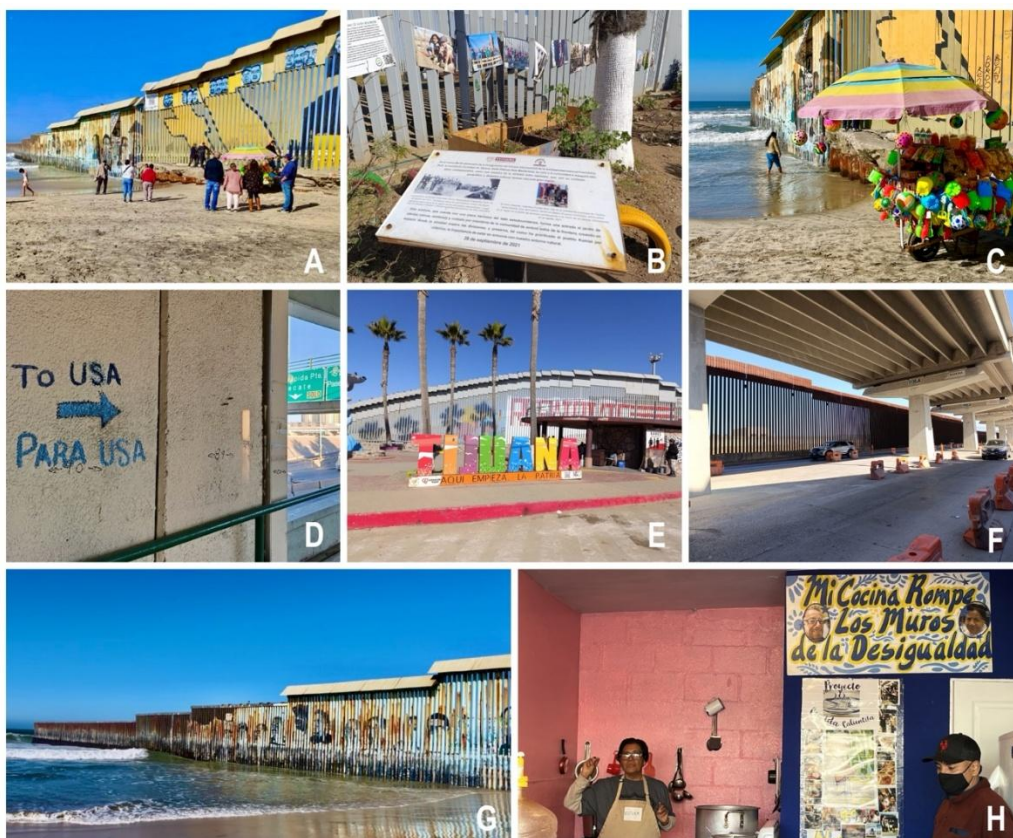
La hipótesis aquí planteada —que el muro opera como artefacto polisémico, generador de discursos étnicos, dispositivos de exclusión y ontologías securitarias— se refuerza cuando comprendemos que este límite no solo organiza lo visible, sino que modela lo pensable y lo vivible. El muro, en tanto objeto de análisis antropológico, es una interfaz entre violencia estructural y micropolíticas de resistencia, entre la política de la muerte y los lenguajes de la memoria. Su estetización turística y patrimonial no elimina su carácter letal, sino que lo resignifica en una economía simbólica neoliberal que trivializa y espectaculariza el sufrimiento y mercantiliza la otredad.

En última instancia, el muro fronterizo es también un espejo invertido de las promesas modernas del progreso, la movilidad y la igualdad. La antropología crítica debe leer en su acero oxidado no solo la huella del Estado y del capital, sino también las inscripciones del duelo, la dignidad y la persistencia de quienes lo enfrentan. El muro es archivo, cenotafio,

escultura y cicatriz; es una ontología concreta del miedo, pero también un palimpsesto donde se inscriben las memorias del tránsito.

Su análisis, en consecuencia, nos obliga a repensar las fronteras no como márgenes estáticos, sino como umbrales móviles de poder, donde se negocian sentidos, se construyen subjetividades y se consume la administración política de la vida y la muerte en clave neoliberal. Desde esta mirada, la frontera no es un lugar, sino una condición; y el muro, lejos de ser su solución, es la forma brutal de su perpetuación (Figura 1).

Figura 1



a) Turistas se aproximan al muro fronterizo y se detienen frente a él para tomarse fotografías, incorporando la estructura a la escena como telón de fondo de su visita al lugar. b) Una placa conmemora los 50 años de la inauguración del Parque Internacional de la Amistad. Detrás de ella se dispone una exposición fotográfica, que introduce una capa de memoria en el espacio fronterizo. c) Frente al muro se instala un carro de comercio: una estructura móvil improvisada, de tamaño mediano y cubierta con un quitasol. Sobre su superficie se disponen juguetes, balones y bebidas gaseosas, ofrecidos a la venta a los numerosos turistas que transitan diariamente por el sector. d) Un rayado sobre la superficie del muro ironiza, en español e inglés, la dirección de los flujos migratorios, aludiendo de forma crítica al régimen fronterizo. e) La estación fotográfica compuesta por letras volumétricas que forman la palabra *Tijuana* se presenta como un dispositivo urbano orientado a la captura de imágenes, inscrito en procesos de turistificación y estetización de la frontera. f) Hacia finales de 2024, en el borde mismo del muro, se encontraba en su etapa final la construcción de una autopista elevada destinada a conectar Playas de

Tijuana con el Aeropuerto Internacional de la ciudad, introduciendo una nueva infraestructura de circulación sobre el paisaje fronterizo. g) La estructura metálica del muro se eleva verticalmente y se prolonga aproximadamente 100 metros mar adentro. Compuesta por barrotes de acero visiblemente oxidados, permite entrever el lado estadounidense a través de sus intersticios. Su superficie aparece intervenida con pintura, inscripciones y símbolos nacionales que transforman el dispositivo de control en soporte de expresión visual y política. h) Restaurante de Esther Morales y su proyecto filantrópico *comida calientita*. El letrero visible en el lugar anuncia una iniciativa de apoyo alimentario que se ha consolidado como práctica cotidiana de cuidado y solidaridad frente a las múltiples violencias estructurales que atraviesan la vida en la frontera. Fotografías: Damir Galaz-Mandakovic, noviembre de 2024.

Fuente: Elaboración propia

Bibliografía

- Agamben, G. 2004. *Estado de excepción. Homo Sacer II, 1*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Alemán, J. 2021. *Ideología: Nosotras en la época. La época en nosotros*. Barcelona: Ned Ediciones.
- Alonso Meneses, G. 2022. "El muro fronterizo en Tijuana. Huellas fotográficas de las ofrendas a migrantes muertos". *Encartes 5* (10): 263–277.
- Álvarez, D. 2021. *Espiritualidad ecofeminista latinoamericana: una lectura onto-política*. Trabajo de fin de máster, Universidad de La Laguna.
- Amilhat Szary, A. 2012. Walls and border art: The politics of art display. *Journal of Borderlands Studies*, 27(2), 213–228.
- Andreas, P. 2000. *Border Games: Policing the U.S.-Mexico Divide*. Ithaca: Cornell University Press.
- Andreas, P. 2003. *A Tale of Two Borders: The US-Mexico and US-Canada Lines After 9-11*. San Diego: Center for Comparative Immigration Studies.
- Anzaldúa, G. 1987. *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books.
- Balibar, É. 2005. "Violence, Borders, and the Politics of Space". *PMLA* 120 (2): 367–380.
- Banham, R. 1966. *The New Brutalism: Ethic or Aesthetic?* New York: Reinhold.
- BBC News Mundo. 2020. "Narcotúnel en Tijuana: así es el pasadizo subterráneo más largo jamás descubierto bajo la frontera entre México y Estados Unidos". *BBC News Mundo*, 30 de enero.
- Benjamin, W. 1936. "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica".
- Brown, W. 2010. *Walled States, Waning Sovereignty*. Nueva York: Zone Books.
- Cornelius, W. 2001. "Death at the Border: Efficacy and Unintended Consequences of US Immigration Control Policy". *Population and Development Review* 27 (4): 661–685.

- De León, J. 2015. *The Land of Open Graves: Living and Dying on the Migrant Trail*. Oakland: University of California Press.
- Dunn, T. J. 1996. *The Militarization of the U.S.-Mexico Border, 1978–1992: Low-Intensity Conflict Doctrine Comes Home*. Austin: University of Texas Press.
- El País. 2025. “Sheinbaum, sobre las deportaciones de Trump: ‘Los mexicanos somos los mejores trabajadores del mundo’”. *El País*, 8 de febrero.
- Enríquez, Jesús Ángel. 2007. “Ciudad de muros: socialización y tipología de las urbanizaciones cerradas en Tijuana”. *Frontera Norte* 19 (38): 127–156.
- Esposito, R. 2011. *Immunitas: The Protection and Negation of Life*. Cambridge: Polity Press.
- Foucault, M. 1975. *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. 1976. *Historia de la sexualidad, vol. 1: La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freud, S. 1917. “Duelo y melancolía”. En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. 1924. “El problema económico del masoquismo”. En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Fuss, M. 2018. *The Meaning of Architecture in Information Architecture*. Tesis de máster, ES-SO University of Applied Sciences of Western Switzerland.
- Galaz-Mandakovic, D. 2019. “Las dos caras de la patrimonialización: memoria local y poética de la ausencia”. *Entorno* 67: 42–47.
- Galaz-Mandakovic, D. 2024. “Producción de un paisaje antrópico brutalista. El caso de la Isla del Alacrán (Arica, Chile, 1913–1964)”. *Autoctonía. Revista de Ciencias Sociales e Historia* 8: 372–413.
- Galaz-Mandakovic, D. y Rivera F. 2023. “The Industrial Heritage of Two Sacrifice Zones and the Geopolitics of Memory in Northern Chile: The Cases of Gatico and Ollagüe”. *International Journal of Heritage Studies* 29 (4): 243–259.
- Hopkins, O. 2014. “The Dezeen Guide to Brutalist Architecture”. *Dezeen*. <https://www.dezeen.com/2014/09/10/dezeen-guide-to-brutalist-architecture-owen-hopkins/>.
- Kristeva, J. 1989. *Sol negro: depresión y melancolía*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- La Opinión. 1990a. “Violencia en la frontera: otro niño que muere”. *La Opinión*, 28 de mayo.

- La Opinión. 1990b. "Light up the Border tuvo ayer una manifestación en la frontera". *La Opinión*, 24 de agosto.
- La Opinión. 1990c. "Grupos de civiles iluminan la frontera con México para evitar entrada de indocumentados". *La Opinión*, 26 de noviembre.
- Lacan, J. 1974. *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Massey, D. S., Durand, J y Malone, N. J. 2016. *Beyond Smoke and Mirrors: Mexican Immigration in an Era of Economic Integration*. Nueva York: Russell Sage Foundation.
- Mbembe, A. 2011. *Necropolítica*. Barcelona: Editorial Melusina.
- Mbembe, A. 2017. *Políticas de la enemistad*. Barcelona: Editorial Malpaso.
- Méndez, E. 2002. "Urbanismo y arquitectura del miedo. Reflexiones sobre los fraccionamientos residenciales cerrados en México". *Ciudad y Territorio XXXIV* (133-134): 491-501.
- Mezzadra, S, y Neilson, B. 2013. *Border as Method, or, the Multiplication of Labor*. Durham: Duke University Press.
- Nevins, J. 2010. *Operation Gatekeeper and Beyond: The War on 'Illegals' and the Remaking of the U.S.-Mexico Boundary*. Nueva York: Routledge.
- Recalcati, M. 2022. *La práctica de la entrevista clínica: una perspectiva lacaniana*. Santiago: Pólvora Editorial.
- Rubio-Goldsmith, R; McCormick, M. M; Martínez, D.E. y Duarte, M.I. 2007. "The 'Funnel Effect' and Clandestine Deaths in the US-Mexico Border Region". *Mexican Law Review* 2 (1): 239-292.
- Sontag, S. 1977. *On Photography*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.
- Taylor, D. 2003. *The Archive and the Repertoire: Performing Cultural Memory in the Americas*. Durham: Duke University Press.
- Ticktin, M. 2011. *Casualties of Care: Immigration and the Politics of Humanitarianism in France*. Oakland: University of California Press.
- Vila, P. 2000. *Crossing Borders, Reinforcing Borders: Social Categories, Metaphors, and Narrative Identities on the U.S.-Mexico Frontier*. Austin: University of Texas Press.
- Žižek, S. 2008. *Violence: Six Sideways Reflections*. Nueva York: Picador.